

Hobbes, el hereje. Teología, política y materialismo, de Cecilia Abdo Ferez, Diego Fernández Peychaux y Gabriela Rodríguez Rial (2018)

Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Reseña por Miguel Ángel Rossi

CONICET / Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

El libro que reseño se focaliza -y esto es parte de su innovación dentro de nuestro marco de lecturas- en la tercera y cuarta partes de la obra magna de Thomas Hobbes, *Leviatán, o la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico o civil: De un Estado Cristiano y El reino de las tinieblas* (el infierno). La compilación se propone acercar nuevas miradas a la obra de Hobbes, no necesariamente coherentes entre sí, pero fieles al espíritu hobbesiano, en tanto pensador retórico, pleno de divergencias que cobran sentido en función de las polémicas que todavía suscita.

Me gustaría comenzar, entonces, por el propio título del libro: *Hobbes, el hereje. Teología, política y materialismo*. La figura del hereje siempre me resultó atractiva porque entiendo que alberga una potencialidad. Dice algo que no se quiere escuchar pero que, al mismo tiempo, no puede dejar de escucharse. En tal sentido, me retrotrae al concepto de extimidad, como lo más externo y, al mismo tiempo, lo más íntimo. El hereje pertenece a nuestra comunidad y, a su vez, es disruptivo respecto de ella. Hobbes es un hereje, tal cual dicen lxs autorxs, al afirmar la mortalidad del alma y la resurrección sólo de los buenos. Con ello, por un lado, desmantela los dispositivos de obediencia a las instituciones eclesiásticas y, por el otro, desacraliza la monarquía del derecho divino (al mismo tiempo que es el régimen político que juzga más conveniente para su propia época). Ese Hobbes, el hereje, se esfuerza también en mostrar -que es más que demostrar-, la profunda escisión entre nuestras cosmovisiones y nuestras prácticas. Por ejemplo, el capítulo 13 de su *Leviatán* es muy intimista, tal como señala Sheldon Wolin, porque incita a sus lectores a comprobar en sus propias prácticas la concordancia con una descripción de la naturaleza humana que a priori se denuncia por demasiado pesimista o descarnada. Así, parece decir Hobbes, son ustedes, lectores, quienes confirman mi hipótesis sobre la insociabilidad del hombre natural cuando cierran con llave los cajones de los muebles, dentro de su propia casa.

La relevancia de este libro estriba, en suma, en que es Hobbes quien nos alerta acerca de la intrincada relación entre política y religión, pues pensar lo político dentro de los límites de la secularización obtura notar la pervivencia de metáforas profundamente religiosas. Muchas de las cuales despliegan lógicas del sacrificio y portan un gran peso conservador (por no decir, reaccionario). En tal sentido, Hobbes recuerda que la teología y las hermenéuticas bíblicas siempre son un campo de batalla. Para dar cuenta de esto basta traer a colación la embestida contra la teología de la liberación, en nuestro continente. El prólogo de *Hobbes, el hereje* funciona, realmente, como un estudio introductorio. Entre otras cosas, hace notar las variaciones epocales en los aspectos hegemónicos de la interpretación del pensamiento de Hobbes. Si en un momento se acentuaba el Hobbes absolutista, en otro el mecanicista, o el nominalista. Puntualiza que la atención sobre la religiosidad de Hobbes, o sobre el lugar de la teología en su pensamiento, ha crecido desde hace pocas décadas. Pero no sólo se trata de que cada época enfatice un aspecto del pensamiento del filósofo, sino también que incluso las adjetivaciones y los significantes varían. Pues uno podría preguntarse, como hacen lxs autorxs, si es el mismo concepto de ateísmo el de la época de Hobbes, que el de nuestra época. Por ejemplo, su materialismo, a diferencia del actual, puede reconciliarse con ciertos aspectos de la creencia. Especialmente cuando toma como referencia las Escrituras e intenta una lectura materialista de ellas. Por ende, no es azaroso que el título del libro sea *Hobbes, el hereje*. La clave de lectura es la religiosidad, como puerta de entrada nueva a un autor subversivo, antes que conservador.

Creo que hay tres preguntas que orientan toda la obra colectiva. Ellas son: ¿qué lugar ocupa la religión en la obra de Hobbes? ¿Cómo se anudan religión, teología y materialismo? Y ¿de qué materialismo se trata? Ya en el prólogo lxs compiladorxs arriesgan una hipótesis. “Entre la figura de Dios que postula [Hobbes] en la filosofía natural y la de Leviatán parece haber un abismo”. Pero, un poco más abajo, agregan que “en nuestro tiempo -el de la mal llamada secularización [...] - no parece jugarse mucho más que una diferencia de hermenéutica, en lo que antes implicaba una trinchera”. Estas diferencias que a nosotros nos parecen sólo cuestiones teóricas tenían consecuencias e implicancias políticas de la mayor relevancia.

Otra hipótesis que arriesga el prólogo se focaliza en diferenciar materialismo de mecanicismo. Lxs compiladores se aventuran a escribir -cuestión que comparto plenamente-, que Hobbes no era un conservador, sino un racionalista consciente de los límites de la razón, o de ese racionalismo, y que tal observación puede extrapolarse al propio campo de la política.

Hobbes habla de Dios de muchas maneras. Habla de un modo en su filosofía natural, casi de forma aristotélica, claro que sólo

tomando la noción de causa eficiente y desterrando las causas final y formal. Habla de otro modo en la filosofía política. Y en la tercera y cuarta partes del Leviatán se acentúa un modo bíblico. Es muy interesante, en efecto, la diferenciación entre filosofía y teología que realiza Hobbes (y también Spinoza) y que, incluso, puede comprenderse como una crítica al pensamiento de Tomás de Aquino o de René Descartes. En el caso del aquiniano se subordina la filosofía a la teología, y en el caso de Descartes la razón se ubica por fuera de la res extensa. En tal sentido, los compiladores se preguntan por qué hablar de Dios cuando no se puede conocer su substancia. Reubicar la figura de Dios es central, como bien dicen ellos, para que la nueva filosofía moderna pueda existir.

Los capítulos se pueden agrupar en tres tópicos, de por sí muy sugerentes. El primero de ellos (con artículos de Diego A. Fernández Peychaux y Rodrigo Ottonello) trata de la disputa de los dogmas religiosos y su impacto en la comprensión de la política. El segundo (con textos de Cecilia Abdo Ferez, Gabriela Rodríguez Rial y James Martel) se interroga sobre la conjunción entre teología y política en Hobbes. El tercero (con Eduardo Rinesi, Horst Bredekamp, Mauro Farnesi Camellone y Javier Vázquez Prieto) pone el acento en los aspectos vinculados al lenguaje, los significantes y los afectos.

En relación al primer tópico es interesante explicitar el Hobbes polemista que puede notarse en los intercambios que mantiene con Descartes, si bien por una vía indirecta, o el prolongado debate que lo enfrenta al arzobispo John Bramhall. En resumen, las polémicas de Hobbes se sintetizan en esta certera frase de Diego A. Fernández Peychaux: “[Hobbes] insiste en la imposibilidad de separar el acto de pensar del cuerpo que piensa”. La pregunta ya no sería, según Rodrigo Ottonello, en qué cree, sino cuáles fueron aquellos dogmas que disputó y cuáles son las razones y los lugares de esos movimientos en la economía argumental de su obra.

En el segundo tópico, Gabriela Rodríguez Rial se pregunta por qué Hobbes no renuncia a hacer teología, independientemente de su creencia y sin incurrir necesariamente en una teología política. Pretende la recuperación de un Hobbes cercano al republicanismo, en desmedro de la hermenéutica de Strauss. Siguiendo dicha inquietud, la hipótesis de Cecilia Abdo Ferez afirma que Hobbes traza un doble movimiento argumental: por un lado postula y, por el otro, pone claros límites a la posibilidad de una teología política, si se entiende por ella un gobierno político cuya legitimidad estaría sustentada en dogmas teológicos. En el capítulo de Eduardo Rinesi -que ubicamos dentro del tercer tópico-, es más que estimulante el vínculo entre Hobbes y Shakespeare, especialmente en lo que atañe a la comprensión trágica de la vida y el problema del lenguaje. Así podremos advertir que sobre un mismo significante puede darse la tragedia. Esto nos recuerda que hay política porque hay lenguaje y porque hay lenguaje, hay fueros interno y externo, esto es, teatralización de la política. En este mismo sentido, Javier Vázquez Prieto pone el acento en el discurso mental regulado que Hobbes diferencia del discurso verbal, para dar cuenta de cómo el lenguaje se vincula con las pasiones. O, en otros términos, que el lenguaje no es sin pasiones. Para Horst Bredekamp -que aquí se traduce-, la relevancia de las imágenes que provee la filosofía política de Hobbes consiste en su anudamiento con la acción. En un sentido similar, Mauro Farnesi Camellone reflexiona que la crítica a los entusiastas religiosos evidencia el vínculo entre el discurso teológico hobbesiano y la redefinición de la normalidad de la vida de los individuos.

La compilación denota un trabajo colectivo paciente y fecundo. Se trata de un libro de estudio, donde cada capítulo revela un cuidadoso equilibrio entre aspectos exegéticos y hermenéuticos, que pretende dar cuenta, a la vez, de la lógica interna de la obra de Hobbes y del horizonte epocal en el que ésta cobra sentido, en confrontación con nuestro tiempo. Es un libro innovador en su perspectiva y ambicioso, por pretender un diálogo contemporáneo con las interpretaciones más recientes. Un libro que retorna a Hobbes, sin manuales.